

# O'HIGGINS,

## EL MAR Y LOS INFANTES OLVIDADOS

Por

Luis VALENCIA Avaria

de la Academia Chilena de la Historia



A CAPTURA de la fragata "Reina María Isabel" y de los transportes que convoyaba, en octubre de 1818, mereció, a quienes participaron en ella, vestir en la manga del brazo izquierdo un escudo de paño verde-mar que enseñaba un tridente bordado en oro, orlado de laureles y con una inscripción orgullosa: "Su primer ensayo dio a Chile el dominio del Pacífico".

Pero no fue el primero de sus ensayos. Aparte de unas escaramuzas persecutorias sin consecuencia, en marzo de ese año, frente a Valparaíso, la muerte de O'Brien había quitado una bella presa a la "Lautaro", y unos meses antes, en diciembre de 1817, la Infantería de Marina había señalado con una proeza militar realmente épica su primera acción de armas, aunque ésta nunca ha sido recordada.

En agosto de 1818, cuando empezaba a tomar forma el Departamento de Marina y Blanco Encalada era promovido recién a capitán de 1ª clase, con la equivalencia de coronel de ejército, la "Gazeta Ministerial" publicó un comunicado del Ministro Zenteno: "Se está creando un batallón de Infantería de Marina (y) una

brigada de artilleros de mar. El plantel de éstos se encuentra en el mejor estado y debemos prometernos que nuestra naciente Marina, bajo la dirección de unos jefes expertos, presentará muy pronto unas fuerzas imponentes que arredrarán a los enemigos de la América". La bizarra afirmación se cumplió antes de dos meses con esa captura de la "Reina María Isabel", donde participaron los infantes a las órdenes de Guillermo Miller. Pero el "batallón" se creó sobre la base de un puñado de 60 hombres que no conocieron ahí su primer combate, ni tampoco fue Miller su primer comandante.

La Infantería de Marina de Chile se debe a O'Higgins, a su sola inspiración. No le fue propuesta por sus consejeros militares ni impuesta para complementar a una escuadra ya formada o en vías de serlo. Nació cuando la Armada contaba sólo con el "Aguila", sin velas por entonces y carenándose en Valparaíso tras su exitosa "toma" de Juan Fernández y la liberación de los 82 confinados que padecían en la isla. Y O'Higgins la creó, no para llevarla en ese débil barquichuelo, incapaz de afrontar la empresa que planeaba, sino para que en unas desmedradas barcasas construidas en el Bío-Bío y propias apenas para tripularse con diez hombres cada una, colaborara con el ejér-

cito de tierra en el asalto a las fortificaciones realistas en Talcahuano (\*).

La generación emancipadora no tuvo vocación de mar. En trescientos años coloniales la política de la Corte de Madrid había llevado al chileno a un vivir mediterráneo y por ello no entendió a José Miguel Carrera cuando pretendió armar unos mercantes. Después de O'Higgins, afianzada la independencia nacional, los buques que ahora él puso en el océano fueron abandonados y hasta se dio una ley para que en adelante, si alguna vez precisáramos defender nuestro litoral, se confiara esta tarea a mercenarios circunstanciales.

O'Higgins fue la excepción, porque en Richmond habíase formado entre hombres que señoreaban los mares. Derrotado en Rancagua y proscrito en Buenos Aires, comenzó aquí a insistir con porfía que la recuperación de la libertad de Chile no sería posible sin el dominio del mar. Su plan de invasión, elaborado en la capital del Plata en 1816, fue ideado sobre la base de una escuadrilla naval que colaboraría ocupando Talcahuano y luego Valparaíso. Pero los estrategas argentinos no lo consideraron. En Mendoza, en seguida, cuando ya se ejercitaban los batallones de los Andes, otra vez, tenaz e impaciente, repitió que sin el apoyo marítimo la empresa podía fracasar. San Martín pareció convencido, pero no abogó con igual voluntad. Por ello fue que la

---

(\*) **Nota de la Dirección:** De la opinión del autor no debe inferirse que lo que él llama "batallón de Infantería de Marina" corresponda al verdadero concepto de lo que es ese Cuerpo, como Fuerza de Apoyo Operativo. La Infantería de Marina se ocupa normalmente en operaciones anfibas y es conducida desde a bordo hacia tierra, no como el caso que aquí se expone, que siendo absolutamente verídico, es sólo una acción de soldados y marineros embarcados en lanchones o balsas que procuraron capturar buques enemigos y forzar un paso. Puede, pues, deducirse, que lo que se llamó inicialmente Cuerpo de Marina, comandada por Manning, fue una fuerza circunstancial. Solamente se puede hablar de Cuerpo de Infantería de Marina a partir del 16 de junio de 1818, cuando se organizó el Batallón de Marina, con tres compañías, que cubrirían la artillería y guarniciones de los buques.

afortunada misión cumplida por el "Aguila" satisfizo de tal modo a O'Higgins que, ilusionado, llegó a creer que pronto sería dueño del Pacífico, que quedaban demostradas y eran innegables las ventajas que se alcanzarían. Y con orgullo casi delirante anunció a Las Heras: "El bergantín de guerra "Aguila", de la Marina de la Patria, ha "tomado" la isla de Juan Fernández".

En seguida, cuando entrevió fracasada la expedición de Las Heras al sur en persecución de los derrotados en Chacabuco y supo que Ordóñez se hacía fuerte en Talcahuano, y decidió asumir la dirección de la campaña, se le representó más vitalmente la urgencia de dominar el mar. San Martín hallábase en Buenos Aires buscando a quien comisionar para traer los buques que adquiriría Chile, y, mientras ellos llegaban, O'Higgins volvió a insistir en la posibilidad de que el gobierno bonaerense proporcionara una escuadrilla. Acaso ahora le entendieran. "Supuesto, como lo espero —le consultó—, que Buenos Aires nos auxilie por mar, pregunto a V.E. si será oportuno acelerar la guerra o esperar aquel auxilio". Planteó esta cuestión desde Talca, cuando marchaba al sur, porque aquí tuvo informes que en la bahía de Concepción se hallaba el núcleo más poderoso de la escuadra virreinal y era posible batirlo porque estaba "mal tripulado y peor marinado". Un asalto combinado por tierra y mar, le representó, abriría de un golpe "el paso a los más aventajados proyectos", limpiaría el Pacífico y les entregaría Lima.

La respuesta no la conoció en dos meses y no fue favorable. Entretanto Ordóñez y su "cabeza de puente" eran hechos que debía afrontar. Los había tenido presentes desde que dejó Santiago y a muy poco andar, cuando pernoctó en Ochagavía, ordenó que se aprontaran las lanchas que había en Valparaíso "por si son precisas en la toma de Talcahuano". Pero no insistió en reclamarlas. Unos días después envió desde Talca a Casimiro Albano a Nueva Bilbao (Constitución) en busca de unos lanchones maulinos que podría artillar en Concepción, pero el sacerdote no los encontró y sólo pudo traerle unas balsas de cueros de lobos marinos que sirvieron a las partidas milicianas que en oportunidades vadearon el Bío-Bío.

Ahí en Talca maduró O'Higgins su estrategia y dio un lugar en ella a la futura Infantería de Marina cuando, aunque originalmente sólo para tripular esos lanchones, comunicó al gobierno delegado en la capital: "Para las maniobras de mar que pueden ocurrir sobre Talcahuano es indispensable llevar marineros de confianza, y no pueden ser otros que los extranjeros que haya en Valparaíso. Comuniqué V. S. orden al gobernador de aquel puerto para que inmediatamente me remitan hasta el número de veinte, si es posible, de los de aquella clase, auxiliándoles de cuanto necesiten para su marcha y con protesta de que serán completamente gratificados". Al cabo de diez días, el 2 de mayo, el gobernador comunicó a Santiago: "Hoy sale de este puerto el oficial don Juan Young con los veinte marineros para el ejército del sur. Entre ellos sólo van ocho ingleses. . . Los restantes, aunque naturales del país, su buena comportamiento les ha hecho acreedores a mi confianza".

Llegaron a Talca en veinte días y en junio estaban ya en Concepción. Uno hubo de ingresar de inmediato al hospital—fue aquel un invierno excesivamente crudo— y, al mes siguiente, otro también cayó enfermo, pero ya su número había crecido a 31 con voluntarios milicianos del regimiento N<sup>o</sup> 2 de Guardias Nacionales de Infantería, recién creado, y balseros venidos de Nueva Bilbao. En el curso del mes de julio el "Cuerpo de Marina"—como se le bautizó— recibió otros seis voluntarios y a su primer guardiamarina, José Pastoriza, enrolado con el sueldo de 15 pesos mensuales. La tropa percibía 12 pesos y 50 los pilotos.

En agosto el Cuerpo de Marina se definió como una tropa de asalto y comenzó a adiestrarse para ello. El capitán de artillería Ignacio Manning pasó a comandarlo y vigiló la construcción de las balsas que tripularía. Siete artesanos ajenos al cuerpo, aunque tres de ellos tenían apellidos ingleses, instalados en una pomposa "maestranza de marina" ubicada en algún punto cercano a Concepción y en las márgenes del Bío-Bío, cumplieron su tarea en 40 días y entregaron las embarcaciones embreadas y alquitranadas. Construyeron también unos armazones con ruedas para trasladarlas hasta el campamento, porque la vigilancia de las lanchas realistas les impedía hacerlo por mar. Naturalmente, la maestranza tam-

bién confeccionó los remos y curiosamente empleó clavos en ellos, pues la comisaría registró el gasto de unos pesos para adquirirlos con tal objeto.

Asimismo, ahora se uniformó a los niños infantes navales. El 18 de agosto O'Higgins decretó el pago de "166 pesos para el vestuario de la tropa de marina", valor que, conforme a las prácticas establecidas, fue cubierto por los propios beneficiados en tres cuotas mensuales. No se conoce cómo fue ese uniforme y sólo se sabe que llevaba alguna divisa especial que el mes anterior habíase ordenado confeccionar junto con las banderolas para las balsas.

Es presumible que también ahora contarán ya con sus armas, aunque el primer dato que sobre ellas registran los documentos aparece en estados de fuerza posteriores, cuando su número ascendía a 60 hombres. No se les armó con fusiles. El fusil de chispa de la época exigía una operación engorrosa y demorosa para cargarlo, por lo que usualmente se le empleaba sólo una vez como tal arma de fuego, para utilizar enseguida su bayoneta, por lo que propiamente les resultaba un estorbo. Se sabe que Manning poseía un sable y un juego de pistolas que había adquirido en Buenos Aires, antes de venir a Chile, y ellas deben sumarse a las que declararon sus hombres, proporcionadas por el ejército, que fueron un esmeril o pieza de artillería de pequeño calibre que podía portar un hombre, 16 pistolas, 12 sables recortados, 50 lanzas con hachas en sus extremos y 22 "frascos de fuego", de vidrio, llenos de pólvora y que, con una mecha encendida, se arrojaban sobre una embarcación para incendiarla.

Los infantes de marina de Manning debieron entrenarse en acción de guerra a fines de julio, cuando O'Higgins llevó el ejército frente a los baluartes realistas aprovechando lo que creyó el período de escampada normal de los inviernos penquista. El asalto debía iniciarse en la madrugada del día 23 y al Cuerpo de Marina, reforzado al doble de sus efectivos, le correspondía capturar la corbeta "Sebastiana". "No dudo (la) sorprenderán, aseguró el prócer a San Martín. En seguida, con este buque de guerra rendirán al bergantín "Potrillo" y a las fragatas de comercio". Pero Manning se retrasó con sus barcasas sobre ruedas, atascadas

en los barriales que hubo de salvar. El ataque se postergó para el día siguiente y ahora un fuerte temporal de agua y viento que descargó esa tarde y mojó las municiones del ejército, obligó al Director Supremo a posponerlo definitivamente.

Se volvió a sus cuarteles de Concepción, pero, obsesionado por esos buques del virrey, a los que ya habíase sumado la "Venganza", meditó otra vez la empresa audaz. Se arrepintió, sin embargo. "No es fácil la toma de la "Venganza" por sorpresa —confesó a San Martín—, como antes he dicho a usted que pensaba atacar. Bien sea que hayan sospechado algo o por temor, lo cierto es que todas las noches ponen ocho botes y lanchones de artillería gruesa a inmediaciones del expresado buque, cuya defensa es impenetrable a nuestra pequeña Marina".

En las semanas que siguieron, los enfermos, las inclemencias climáticas y una invasión indígena en la alta frontera y en la costa de Arauco le impidieron toda acción sobre Talcahuano. Incluso hubo de volver a las filas de la división de Freire, que despachó al Carampangue, a los voluntarios del N.º 2 de Guardias Nacionales que servían en el Cuerpo de Marina. Young fue enviado a Valparaíso. Pero al cabo, el 25 de noviembre, el ejército volvió al cerrillo en que hoy se halla el estanque que surte de agua a Huachipato. Le acompañaba el Cuerpo de Marina con su capitán Manning, tres pilotos, 56 hombres y seis barcasas todavía con sus ruedas.

El 5 de diciembre se completó por el estado mayor patriota el estudio de las posiciones enemigas y quedó acordado el plan de ataque. O'Higgins no pudo imponer el suyo. Si bien San Martín, desde Santiago y con conocimiento de los planos que explicaban la situación de Ordóñez, le tenía autorizado para operar como considerara más propio, también había enviado como jefe de estado mayor al general francés Miguel Brayer, recientemente llegado a Chile con la aureola de haber servido a Napoleón y ser un notable especialista militar.

La primera línea de las defensas construidas por el brigadier español la constituían una serie de siete fortines detrás de un foso profundo, de seis metros de ancho, que cruzaba de lado el estrecho istmo que une la península de Tumbes al

continente, entonces un tanto más reducido que hoy por las ganancias hechas ahora al mar tanto en San Vicente como en Talcahuano. Los reductos más poderosos se ubicaban en este extremo, en el Morro y junto al puente levadizo inmediato a él, apoyados por otras baterías colocadas en el cerro del Cura (hoy David Fuentes) y en el Centinela, el más alto de todos. Los restantes reductos terminaban en el castillo de San Vicente, junto al mar. El penúltimo, a la izquierda de éste, se conocía con el nombre del Retén, y el antepenúltimo, casi al centro de la línea, como el de la Curtiduría.

O'Higgins era partidario de forzar el paso por el lado de San Vicente, precisamente por estos fuertes que se consideraban más débiles, para avanzar luego sobre el Centinela y dominar desde él los fortines del Morro y restantes, pero Brayer, apoyado en su prestigio, planteó la ocupación del Morro como objetivo primario, para ganar el puente levadizo y permitir el ingreso de la caballería. Los oficiales de la junta de guerra, envanecidos y con un equivocado propósito de emulación, no queriendo parecer menos profesionales ni contradecir a un militar de los méritos que atribuían al francés, acogieron mayoritariamente su proposición y O'Higgins hubo de aceptarla, en parte dominado también por su respeto a las técnicas castrenses. Pero no se convenció plenamente. Esa noche, poco antes del asalto dispuesto para las 3 de la mañana del día 6 de diciembre, se adelantó con Casimiro Albano a un punto avanzado de su línea. El sacerdote refiere que no se mostraba tranquilo y confiado como en otras oportunidades semejantes. "Puede suceder que no tengamos éxito, le dijo, pero ya no hay lugar a otra cosa".

El asalto al Morro tuvo éxito, aunque no fue posible dominar el puente ni avanzar sobre otros fuertes. Cerca de dos mil hombres, al comando de Las Heras y con valerosos oficiales argentinos y franceses, como Beauchef, se estrellaron ahí por varias horas con un nuevo foso, los refuerzos que trajo Ordóñez y los cañones del Cura, del Centinela y de las baterías inmediatas, y al cabo hubieron de retirarse dejando 160 muertos. Los batallones que entretanto habían sólo de amargar el resto de la línea cumplieron su misión, sin emplearse en ataques a fondo.

El Cuerpo de Marina, que debía limitarse a neutralizar la cañonera y los lanchones realistas de San Vicente, cumplió también este cometido. Pero, entusiasmados por la facilidad con que lo lograron, sus hombres se excedieron en términos que demostraron la validez del plan de O'Higgins, aunque no recibieron apoyo alguno para darle remate.

Manuel Gregorio García Ferrer, un cronista que presenció la batalla junto a los defensores realistas, nos dejó una descripción muy vívida de la notable proeza de los marinos. "Por San Vicente —dice— mandó O'Higgins ocho lanchas (fueron sólo seis) con tropas que tomaron la cañonera matando al centinela y dejando a los demás encerrados en los entrepuentes". Sirviéndose del propio barco capturado, que embarrancaron en la playa, desembarcaron sin despertar sospechas delante del castillo y lo dominaron, sorprendiendo a sus defensores con sus extrañas bombas de mano, para hacer en seguida lo propio con la batería del Retén y avanzar luego sobre la tercera, la de la Curtiduría. "Los de los castillos huían por la línea", agrega García Ferrer.

Pero aquí les enfrentaron los cañones. Ordóñez puntualiza en su parte que el comandante Campiño con 80 hombres y "la tropa de González", más los que "guarnecían la batería de Curtiduría", lograron rechazar al puñado de 60 marinos que penetró tan brusca y hondamente en sus defensas. En la oscuridad, las otras tropas patriotas que sólo se movían para

distraer a la línea de fuertes, no pudieron percatarse del papel que cumplían sus camaradas y no supieron apoyarles. O'Higgins tampoco tuvo informes y los infantes de marina, abrumados por el número, hubieron de volverse a la playa y abordar sus balsas para apartarse del fuego de los cañones del castillo de San Vicente, recuperado por sus defensores. Una bala rasa de a 24 alcanzó a una de las embarcaciones y la hundió, salvándose sus tripulantes a nado.

El fracaso en el Morro y la proeza de los hombres de Manning convencieron a O'Higgins de la bondad de su plan. "Si como he opinado desde el principio, se hubiera dirigido el ataque —escribió a San Martín—, no hubiera fallado, pero para otra ocasión, que será seguro, me dirigiré por lo que la sana razón dicta, con conocimiento de nuestras tropas y el de las enemigas, y no atenderé a persuasiones en contrario. . . Espero las municiones que vienen de Talca para, en primera oportunidad, dar otro tiento al enemigo".

Pero ya Osorio navegaba con un poderoso refuerzo desde Lima y San Martín resolvió concentrar su ejército para esperarle en campo abierto. Los infantes de marina, sin fusiles ni más práctica que la de asaltar embarcaciones y esa operación de comandos que no repetirían, fueron devueltos a Valparaíso a adiestrar con Miller el batallón que, a la par con la futura escuadra nacional, arredraría "a los enemigos de la América", como lo anticipara Zenteno.

